

# PARA SIBARITAS

Ya alguien, con certera, magistral visión adelantóse a afirmar que lo que mejor encaja con este San Feliu de nuestros pecados... y de nuestros más entrañables sueños e ilusiones, no es precisamente la cantidad, sino la calidad. Feliz hallazgo, que recuerda aquello de «a tal blasón, tal divisa».

En efecto, empezando ya por los estimulantes secretos de la culinaria local, que muy bien puede presentar sus ribetes de arte y hasta sus virtuosos oficiantes, pasando por su paisaje, pródigo en estético contenido, y llegando a la prócer presencia de helénicos vestigios en el mayestático porte de la mujer del país, todo aquí adquiere un raro sello de distinción, de peregrina gracia que forzosamente ha de acabar plasmando en originales facetas de una primerísima calidad autóctona, cuyo hoy ya más que palmario reconocimiento lleva automáticamente implícito un total rechazo de los fáciles y vulgares goces de cuanto, en definitiva, no es más que abrumadora cantidad, pasto preferido de gregarias masas en esporádica, sí que avasalladora y bulliciosa, manifestación.

La avalancha, aquí, todo y reconociendo que en algún aspecto puramente material puede resultar no sólo deseable sino indispensable, especialmente para el auge de cuanto con Mercurio tiene relación, no dejará, por eso, de acusar siempre un acentuado matiz de cosa extraña, incómoda y, por ende, totalmente desplazada del conjunto armónico del cuadro y, a la postre, más bien perjudicial a los verdaderos intereses permanentes del país.

Forzoso es admitir, pues, que para lo que estos rincones de rara belleza y original estilo de vida están preferentemente preparados, es para solaz e inteligente cata del verdadero sibarita que, naturalmente, lo mismo puede éste ser un potentado en insatisfecho afán de agotar toda inédita posibilidad de goce, que un modesto artesano o simple trabajador en legítimo disfrute de unas pocas horas de bien ganado descanso.

Fijémonos, sólo como vía de ejemplo que aquí tiene infinitas imitaciones, en aquel ciudadano que, al cobijo de la marquesina de uno de tantos establecimientos, bien repantigado en su mimbreño butacón, dedícase a consumir lentamente, con parsimonia de rito, a la par que el precioso caudal de su tiempo, un empañado vaso de rubia cerveza. Parece que duerme, voluptuosamente entornados sus ojos, en sostenida aristocrática lasitud el ademán; no habla ni con sus ocasionales copartícipes de velador, no se mueve, puede que en aquel momento ni siquiera piense nada en concreto; límitase, simplemente, a gozar, a paladear, en paz y beatitud, el fugaz; de licioso instante que llega, brilla y... pasa — ¡sabia y magnífica ocupación! —; déjase mecer por ese «algo» sutil e inefable que del propio ambiente emana y en su embrujo quédase ya morosamente flotando la débil voluntad de nuestro observado sujeto.

Es la irresistible fuerza de atracción ambiental, eso, único, que constituye la quinta esencia de este nuestro singular país que parece creado exprofeso para la práctica, en sesión permanente, del recomendable y envidiable «dolce far niente».

Teniendo un poco de paciencia y la suficiente discreción para observar, no nos será muy difícil descubrir también a un reducido grupo de amigos, de apacibles contertulios que, bajo la protectora sombra de un toldo — ¡oh los amplios y acogedores toldos de nuestro incomparable Paseo del Mar! — departen, empleando con visible delectación la «cámara lenta», seguramente que para que su viscera cardíaca no sufra alteración.

El tono ligeramente zumbón y la expresión un tanto libre — la sal y pimienta de esta tierra — aunque siempre de buena ley, son los principales alicientes que suelen dar carácter y amenidad a tales ilustres areópagos, en los que los turnos oratorios vánse consumiendo con una parsimonia y displicencia tales que uno diría que los nuevos oradores llegan a sentir púdicos escrúpulos al tener que verse forzados a interrumpir al que está en el uso accidental de la palabra. ¿Alarde de educación? Sí, esa debe ser; pero mucho es de temer que entre también en ello una no despreciable dosis de clásica y olímpica galbana: —¿Ya habla éste?... Pues ya esta bien. Que siga... y todo este trabajo yo me ahorro. «Da gusto oír hablar a otro, así, en lejanía espiritual; viene a ser algo así como aquél que oye llover hallándose bajo tejado.

Además, lealmente hay que reconocer que la cerveza no puede estar más fresca ni más límpida; que la refrigerante brisa marina es una auténtica, regia caricia, y que en los gratos momentos de silencio, que en la alta noche no suelen ser raros ni cortos, llégase hasta a percibir el familiar y acunador huelgo del mar que está ahí, sólo a unos pasos de distancia. Amigos, si esto no tiene, por lo me-

nos, todos los visos de un afortunado plagio de un rincón del propio paraíso terrenal, en verdad que bien poco debe faltarle.

Aquí, el sabio y epicúreo aforismo «breve es la vida y hay que aprovecharla», lema capital parece ser de muchos que, especialmente en verano, a menudo pierden la noción del tiempo... y del retorno a casa, haciendo que la célebre y elocuente expresión local «onar a tancar els ànecs» pierda fuerza y vigencia. Es que, como muy oportunamente solía decir en descargo suyo un simpático amigo, buen producto del país y noctámbulo empedernido él: «—¡Hombre, si el mismo Poeta lo dijo, y hasta nuestra sardana lo recogió,

... que ja dormirem  
quan morirem.»

Y es verdad. Aquí, en estos escenarios naturales tan admirablemente dispuestos, con este ambiente tan propicio al suave dejarse llevar, muy probado asceta tendría uno que ser para lograr sustraerse a la tentación de agotar, al máximo, todo cuanto de claro signo hedonista le sale al paso, que es mucho y vario.

Convengamos todos, pues, en que este nuestro país premio y halago es, primordialmente, para sibaritas, para quienes, habiendo alcanzado ya un apreciable grado de saturación vital, hállanse capacitados para captar lo que de auténticamente fino y de positivo valor existe aún escondido entre los inevitables aludes de vulgaridad y adocenamiento que nos toca padecer.

El país no da, no podrá dar nunca, el tono gris y mediocre de lo uniforme. Aquí los colores son bien definidos: el azul es azul, porque cielo y mar conjúganse en sinfonía única para fijarlo en permanente apoteosis; el verde es verde, porque pinos y algas se se entrelazan y nos lo ofrecen rotundo y diáfano como un codiciado puñado de fruta en eterno agraz...

Y aún diríamos que hay un tercer color básico: el que al ambiente, de ininterrumpida fiesta para los sentidos, presta el airoso paso de las mujeres de este privilegiado rincón, su graciosa y aguda charla, el profundo misterio aterciopelado de sus ojos iluminados por la nostalgia de un glorioso pasado que ellas, tentadoras ánforas vivas, han logrado apresar y representan con suprema dignidad y natural elegancia de líneas y gesto.

Lo he intentado, pero confieso que no acierto a definir bien ese color único aunque si doy absoluta fé de su existencia. Observa bien tú, amigo lector, te aseguro que no perderás el tiempo; y a ver si, con mayores dotes de atención y sagacidad, llegas a descubrirlo. Si lo consigues, todos te lo agradeceremos y, de paso, tu, con él, te habrás acreditado de buen mediterráneo que — fuera eufemismos y falsas modestias — hoy ya es tanto como decir de buen sibarita.

**Eduardo Bardas Planellas**